



DIRECTOR: D. ANICETO DE PAGÉS DE PUIG

PRECIOS DE SUSCRICION

En España y Portugal, por un año..	12,50 pesetas.
Por seis meses	6,50
Por tres meses.....	3,25
Números sueltos, UN REAL.	

ADMINISTRACION
ASTORT HERMANOS
Alto de Monteleón
MADRID

PRECIOS DE SUSCRICION

En el Extranjero, por un año.....	15 francos.
En América, por un año.....	5 pesos.
En Filipinas, por un año.....	6
Pagados en oro.	

Año I

23 de Febrero de 1879

Número VIII

SUMARIO

TEXTO. — REVISTA DE LA SEMANA, por D. T. Senderos. — NUESTROS GRABADOS. — LA INVENCIÓN DE LA IMPRENTA, (continuación), por D. Luis Coll. — RECUERDOS DE VIAJES, por D. V. Moreno de la Tejera. — CRÍTICA DRAMÁTICA, por D. Ricardo Blanco Asenjo. — SONETO, por D. Eduardo Carballo. — PARIS A VISTA DE PÁJARO, por Alberto. — VOLTAIRE (Efeméride de la semana), por D. Angel R. Chaves. — ECOS DE MADRID. — Solución a la charada del número anterior.

GRABADOS. — Entierro de la Sardina en la pradera del Canal, en Madrid. — Monumento erigido por la ciudad de Monsa al rey Victor Manuel. — BELLAS ARTES: El Suicida (Modelo en yeso de Hector Ferrari).

REVISTA DE LA SEMANA

Aunque parcos de palabra, en cuanto se refiere á los sucesos políticos, de suyo delicados, no podemos dispensarnos hoy, al consignar las contradictorias noticias que se reciben de Paris, respecto á la aceptación ó no por el Ministerio francés del proyecto de amnistía, de hacer constar que si es cierto que rendimos á la severa justicia el culto respetuoso que siempre merece, como obra perfecta de la razón y de la Historia, no lo es ménos que somos arrastrados en pos de las seducciones irresistibles de la misericordia, que oye las voces mudas de nuestro corazón, y siente el calor del rayo divino, aún á riesgo de que se nos tache de demagogos.

La opinion se ha equivocado una vez más

en sus pronósticos. Los insurrectos de la República de Venezuela, cuyo triunfo parecía estar fuera de toda duda, por los elementos numerosos de que disponían, han sido batidos y derrotados; las tropas del Gobierno han entrado en Carácas, y todo parece que confirma una paz sólida y duradera.

Londres continúa bajo la penosa impresión de la derrota del general Chelmsford por los zulús al borde del Tugela.

Todo el mundo llama salvajes á los zulús, y la verdad es que no lo son tanto. Viven honradamente en las costas del Mar Índico con los productos de sus rebaños, que ellos apacentan en tanto que sus mujeres labran la tierra y cuidan de sus hijos; éstas son en número relativamente más escasas que los hombres, los cuales se contentan con una sola, aunque haya algunos que se permitan más, cosa perfectamente legal, por cuanto está admitida la poligamia.

Los ingleses han podido atraerse á estas tribus si no hubieran sido tan codiciosos, y sacar más producto de aquellos países, cuya flora es riquísima.

Segun noticias de exploradores y viajeros, los zulús son fornidos y de elevada estatura,

de color negro tirando á gris, frente levantada, cabellos crespos, pómulos salientes, labios deprimidos; reconocen la existencia de Dios, y disfrutan de una paz envidiable y de un salutar clima. Entre la variedad de animales que allí se crían se encuentran el jabalí con careta, que debe ser peor que sin ella; el ligero antilope, el misterioso ibis, el horrible hipopótamo y el blanco pelicano, símbolo poético de la pureza. ¿Quién será el que no se atreva á hacer una expedición á este país para gozar de sus encantos? Cualquiera.

No es nueva entre nosotros la loable afición que se despierta ahora á las lecturas públicas. Nuestros padres nos han narrado muchas veces las fiestas esplendentes de Villahermosa, pintándonos con los mágicos colores del recuerdo, que se parecen mucho á la brillante opacidad del horizonte durante el crepúsculo, los triunfos conseguidos por Zorrilla, Villérgas, Vega, y Gallego en aquellos salones, recuerdo de *Las Cortes de amor* de Aviñon y de Provenza.

Más tarde, ahora hace justamente diez años, el 21 de Febrero de 1869, con motivo de las conferencias dominicales para la educación de la mujer, se reanimó el espíritu pú-

blico en favor de las lecturas, y en el salón de grados de la Universidad Central cosecharon lauros los Sres. Hartzenbusch, Arjona, Campoamor, Segovia, Valera, Hurtado, Bustillo, Aguilera, Rétes, Barbieri, y el mismo Núñez de Arce, cuya ovación presente hace suponer que para él sólo se inauguraron en el Teatro Español tan sabrosas lecturas.

El resultado que éstas ofrecen dejan mal parados los datos del censo y las pesquisas de la estadística, y el hombre observador y descontentadizo, saca la triste consecuencia de que entre tantos habitantes que figuran empadronados con una regular instrucción, apenas hay media docena que sepan leer.

La lectura, considerada hoy como un divino arte, yacía olvidada como el más despreciable de los oficios mecánicos, y conste que para nosotros no hay oficio que merezca ser despreciado.

La declamación es la sublimidad de este arte, porque abraza y representa á todas las artes bellas. El continente del actor, reposado ó grave, erguido ó lánguido: la estatuaria; el color de su rostro, puede tomar las tintas rosadas ó pálidas de una virgen de Murillo ó de un Cristo muerto, de Van-Dyk; las inflexiones de voz pueden semejar pianos dulcísimos, agitados alegres, *tutti* de orquesta.

Hay un libro humilde que los genios más sublimes han tenido que estudiar, libro que aprendió Cervantes, y Shakespeare y Goethe, libro que nunca encuadernamos y que no se encuentra en la biblioteca de ningún sabio, germen de un árbol gigante de ruda corteza como las enseñanzas de la ciencia, de entrelazadas ramas que forman nudos como argumentos de drama, de hojas transparentes de finísimas venas y delicadas flores, como los primores de la lírica.

Este libro es la cartilla.

Gracias á los portentos que realizaron en el erial de la civilización Cadmo y Gutenberg, nosotros somos ricos cosecheros y voraces consumidores.

La manía de Molière se ha puesto en moda, y nos parece que si el autor de *El Avaro* existiera aún, muchas damas de elevada alcurnia asaltarían su cocina para gozar de sus democráticas lecturas al borde del fogón.

Para cualquier autor, el lector de su libro es siempre un sér querido: dispensa tan larga digresión tú también, lector carísimo.

Empiezan á dar sus frutos los trabajos de los Congresos internacionales celebrados en París durante la Exposición. El Gobierno francés se somete á los acuerdos de los sabios de todos los países que allí se reunieron, habiendo nombrado una comisión para que redacte las bases de un proyecto de ley de conformidad con las opiniones que han prevalecido en el Congreso internacional de la propiedad artística.

A España van llegando también los ecos de esas discusiones luminosas, que la brillante

palabra del Sr. Carvajal nos ha hecho conocer.

Igual aplauso merece el docto Sr. Vilanova, que en la Academia de Medicina ha expuesto noches pasadas el resultado del Congreso helvético celebrado en Berna y del antropológico de París.

En el preámbulo del real decreto aprobando las bases para la organización del servicio agronómico de España, hallamos la siguiente definición: "La Agricultura es una propiedad de la actividad humana, cuyo objeto es el vegetal y los medios en que se desenvuelve, y cuyo fin es la obtención de ese vegetal en las mejores condiciones económicas."

Peregrinas nos parecen esas propiedades que reza el preámbulo, y aseguramos no haberlas oído hasta ahora; pero verdad será, cuando ha pasado por el cedazo del Sr. Cárdenas. Y no nos atrevemos á decir más, por aquello de..... *sed lex*.

En menos de seis meses ha sido construido un gran teatro en la pequeña ciudad á la que no faltan los esplendores y magnificencias de las mayores capitales del mundo. El nuevo teatro de Monte-Carlo, digno de los artistas de más fama, se ha inaugurado, y Dram, Coquelin y la Nilsson, escriturados ya; pronto se oirán en aquella jaula de oro los trinos dulcísimos de ruiseñores humanos.

Garnier, el arquitecto de la Gran Ópera de París, ha sido el encargado, bajo cuya dirección se han realizado las obras. La indumentaria y el arte más lujoso decoran esa maravilla con candelabros y estatuas debidas al cincel de Eodebski, de Jarah Beruhardt y de Gustavo Doré.

El compositor Gounod asistirá á las representaciones del *Fausto*, hospedándose en tanto en casa de su amigo Donnery, autor dramático, que tiene quintas y jardines deliciosos.

Sardou también se encuentra allí, y aseguran que ha comprado una propiedad, á la que bautizará con el nombre de una de sus obras, *Dora*.

El popular Julio Verne también ha ido á Mónaco, y se ocupa en buscar argumento interesante para una novela.

En medio de estos regocijados cánticos, se oyen otros cuyas notas tristes nos anuncian la muerte de dos que fueron también ingenios alegres, Clairville y Daumier. La tierra, madre cariñosa, les recibe en su seno, dándoles un abrazo eterno.

T. SENDEROS.

NUESTROS GRABADOS

ENTIERRO DE LA SARDINA EN LA PRADERA DEL CANAL, EN MADRID.

Si Madrid no ha dado nunca por regla general á sus fiestas populares la riqueza y ostentación que otros pueblos imprimen á las suyas, tal vez en ninguna parte se ha notado la franca expansión y la regocijada algazara

que la villa del oso y el madroño supo dar á las suyas.

Hoy estas diversiones han perdido mucho de su carácter típico. Tal vez llamadas la mayor parte á desaparecer en un plazo no muy dilatado, va notándose en ellas la señal inequívoca de su decadencia. Aquel caballeresco *Santiago el Verde*, aquel animado *Trapillo* del siglo XVII murieron, dejando por degenerado vástago la romería de San Isidro. Las animadas veladas de San Juan y de San Pedro, hanse reducido á esas prosaicas verbenas que no conservan nada del poético tinte que le dieron en un tiempo las tapadas y los galanes de la corte del rey poeta, y en otro las majas y los chisperos que con tan galanos colores nos ha transmitido la paleta de Goya y la pluma de D. Ramon de la Cruz.

Tal vez la única fiesta en que con toda expansión de otros tiempos se muestra la *siempre alegre villa*, es el Carnaval. Pero el Carnaval en Madrid tiene un día de próroga. El miércoles de Ceniza, el momento en que empieza la austera Cuaresma, es el escogido por el pueblo de Madrid para entregarse á la más expansiva de las alegrías.

El conocido *Entierro de la sardina* hace este día de la pradera del Canal el más vivo foco de la animación.

Indudablemente, cuando en siglos venideros, los rebuscadores de curiosidades pasadas quieran historiar las fiestas populares de nuestro siglo, ninguna han de encontrar tan típica y característica como la que el Miércoles de Ceniza celebra en la pradera del Canal el pueblo de Madrid.

MONUMENTO ERIGIDO POR LA CIUDAD DE MONSA AL REY VÍCTOR MANUEL.

La primera ciudad de Italia que ha levantado una estatua al rey que tan relevantes servicios ha prestado á la causa de la unidad italiana, ha sido la ciudad de Monsa.

El día 16 de Setiembre del último año se inauguró en dicha ciudad el monumento que representa uno de los grabados de este número.

El escultor Luigi Crippa ha demostrado en esta obra más condiciones de ejecutante habilísimo que de verdadero artista. La dificultad que ofrece el presentar una estatua que sin salirse de lo real haga sentir las suaves emociones del arte, no ha sabido vencerla.

Á nuestro juicio, una estatua ecuestre hubiera dado más ancho campo á la valentía y al sentimiento de lo bello.

Á pesar de este defecto, lo repetimos, la obra del señor Crippa revela notables cualidades de ejecutante, y siempre ha de ser una gloria para el artista el haber sido el primero en realizar el patriótico deber que la ciudad de Monsa ha cumplido.

BELLAS ARTES.—EL SUICIDA, MODELO EN YESO DE HECTOR FERRARI.

Los últimos momentos de Jacobo Ortis, el protagonista de la novela de Ugo Foscarini, han servido al joven escultor romano Hector Ferrari para modelar la estatua del Suicida, que hoy reproducimos, y que ha llamado justamente la atención de los inteligentes en la pasada Exposición universal de París.

Tendido sobre un sofá, con el rostro escondido entre los almohadones, clavado un puñal debajo de la fetilla izquierda, salpicado el traje de sangre, y teniendo pendiente del cuello un medallón con el retrato de Teresa, que aún muestra las ensangrentadas huellas de sus labios, es como presenta el novelista en sus últimos momentos á aquel nuevo Werter, cuyo amor imposible y cuya patriótica desesperación al ver su patria hollada por la planta del invasor, parecen creados para despertar en el alma una patética admiración hacia el suicidio.

El joven escultor romano se ha apoderado de tal modo de la mezcla de romanticismo y de realismo que Ugo Foscarini supo dar á su Jacobo Ortis, que basta contemplar su estatua para adivinar una de las páginas más bellas de la novela.

El sentimiento artístico que de una manera tan notable revela Hector Ferrari y los prodigios de ejecución de su obra, justifican sobradamente los elogios que por todas partes le han tributado.

LA INVENCION DE LA IMPRENTA

(Continuación).

Suelen contar los eruditos, como precedentes de los primeros trabajos tipográficos, el grabado de los naipes y las jaculatorias de ciertos cuadros. Que los naipes existían siglos antes de la invención de la Imprenta, es cosa demostrada. Inventados en Francia, según se cree, para distraer al más melancólico de sus reyes, debió su uso generalizarse muy pronto y aún llegar á no ser muy lícito, cuando se prohibió á los caballeros de cierta Orden, de la Banda, si no recordamos mal, todo juego de naipes. Se sabe qué procedimientos empleaban para fabricarlos, y se citan como curiosísimas algunas colecciones que de los primitivos han podido reunir ciertos bibliófilos. Consignamos, pues, y esto es lo conducente á nuestro fin, que el grabado de los naipes puede considerarse como uno de los primeros pasos dados en el camino de la Imprenta.

En igual caso están las jaculatorias de ciertos cuadros de la Edad media. Muy frecuente fué colocar junto á las figuras, simulando salir de su boca, diferentes inscripciones, máximas piadosas casi siempre, muy propias de aquel tiempo en que el Arte se inspiraba en la Religión. Curiosas son también esas estampas, que con todo cuidado se custodian en varias bibliotecas, en que el autor, no muy sobrado de medios de expresión y valiéndose de uno que sólo pertenece á la infancia del Arte, ha apelado á colocar en esas inscripciones, en orlas más ó menos caprichosas, en banderolas, no siempre de buen gusto, las máximas, las súplicas, las jaculatorias que han servido para completar mejor su pensamiento. Aún se hallan en muchas iglesias de nuestras provincias, no bien estudiadas en verdad, y sepulcro, por ende, de no pocos tesoros artísticos, diferentes cuadros y estampas en que aparecen esas inscripciones, que consideramos también como precedente digno de estudio en la historia de la Imprenta.

Puede decirse que su *secreto* debió revelarse también con cierto texto de uno de los varones más ilustres de la cristiandad, texto que, como todos los de obras teológicas, sería sumamente conocido, repetido y comentado en tiempos de verdadero misticismo y aún de ascetismo exagerado. Dice ese autor ilustre, para demostrar la imposibilidad de suponer que el mundo sea obra del acaso, que tanto valdría suponer que arrojando al alto las letras todas del alfabeto se combinarían por sí solas y podrían formar las obras de Cicerón. Ahora bien: ¿No ha podido surgir de este profundo y bello pensamiento la idea de la Imprenta? ¿No parece contener lo que después sería, no ya con el procedimiento del grabado ó *xilográfico*, sino con el más perfecto, con el seguido hoy, de los caracteres móviles?... No creemos ocioso repetirlo: si con tantos y tan luminosos datos siguió siendo un *secreto*, debido es á que los grandes descubrimientos se realizan cuando son una verdadera necesidad.

Y que la Imprenta lo era, creemos haberlo indicado al hablar del Renacimiento y se demuestra además por razones de otra índole. Sabido es que ya en la Edad antigua se concedió á las bibliotecas la mayor importancia y consideración, el mayor respeto podríamos decir. Pueblos hubo que confiaron su custodia á los supremos sacerdotes, significando que las consideraban como verdaderos templos del saber. Una biblioteca equiva-

lía á un rico tesoro, y se comprende fácilmente recordando cuán costosos eran los libros ó los códices, que á veces se adquirían por cambio de una finca ó heredad. No obstante exigir tan grandes gastos, su número llegó á ser extraordinario. Cuesta trabajo comprender, dados esos gastos, que una sola biblioteca, la famosa de Alejandría, llegase á reunir 700.000 volúmenes; que muchas bibliotecas fuesen reducidas á escombros y cenizas, y que en esos vandálicos incendios se perdiesen muchos miles de preciosos manuscritos con las mejores obras de los clásicos.

Y ese valor de los antiguos códices, lejos de disminuir, aumentó quizá en la Edad media. Admiración y asombro causa su excelente *confección*, si esta palabra moderna puede aplicarse á cosas tan antiguas. Preciso es confesarlo, aunque no se profesen ciertas ideas ni se defiendan determinadas instituciones. Los monasterios, las abadías, las iglesias de esa Edad, han prestado á las letras y á las ciencias servicios inapreciables y nunca bien apreciados, durante esos tiempos turbulentos y borrascosos. Han sido, ¿por qué no confesarlo, por qué no afirmarlo rotundamente, á pesar de otras acusaciones que se pudieran formular y motivar? han sido, repetimos, el baluarte más inexpugnable contra la ignorancia, el antemural más fuerte contra la barbarie. Milagros de paciencia, milagros de constancia han sido precisos para formar aquellos preciosísimos códices, precioso ornato de nuestras bibliotecas y museos, legítimo orgullo de esa edad que reputamos *barbara*. Diríamos, al examinarlos á primera vista, que están formados de un solo trazo, que están escritos de una sola vez. No se comprende, aunque esta afirmación parezca un tanto vulgar, que aquellos ilustrados monjes abandonaran un momento su trabajo, tuvieran que dejarle para comer, para dormir, para rezar, para las obligaciones de su austera profesión, para las necesidades de la humana vida. El pulso es el mismo siempre, idéntica la tinta, iguales los caracteres, uniformes las proporciones, constante la belleza. ¿Qué diremos de los primeros de la *ilustración*, como la llamaríamos hoy, de aquellos secretos de tintas y colores, privativos de miniaturistas y ornamentistas de aquellos tiempos, que desesperan á los de los civilizados y cultos que alcanzamos?... Diremos solamente, y esto es lo único pertinente á nuestro asunto, que basta y sobra para explicar, más que para explicar, para legitimar el valor, que á veces parece desmedido, de los antiguos códices.

Obras tan costosas, trabajos tan preciados, debían ser guardados con todo cuidado, con el mayor celo posible. Ejemplos hay de magnates que han dado, si así puede decirse, en hipoteca, grandes sumas ó cuantiosos bienes por el depósito de libros. Histórico es también que esos únicos depositarios del saber durante la Edad media, esos monjes á que nos hemos referido, no dejaban salir de su depósito libro alguno *prestado*, sin las suficientes garantías. La Historia es un tribunal, sí, de sentencias inapelables, pero de justas reparaciones, y no puede, no debe olvidar los magnos servicios, siempre mal pagados, nunca bien agradecidos, que á las letras y á las ciencias han prestado los monasterios y las iglesias de la Edad media.

¿Quién no lo sabe ya? Huyendo del estruendo de las armas, asustadas del ruido de los combates, vivieron refugiadas ese tiempo en esos tranquilos y apartados asilos. ¿Quién

no lo afirma sin rebozo alguno? Los institutos religiosos prestaron servicios, que nunca se agradecerán bastante, y fueron gloria suya muchos cronistas é historiadores cuyos preclaros nombres perpetuará la justiciera é imparcial Historia. ¿Quién tiene reparo alguno en confesarlo? Sus repletos archivos, sus caudalosas bibliotecas se enriquecieron de continuo, ya con importantes donaciones, ya con los asiduos trabajos de aquellos varones que tantos testimonios han dejado de su virtud como de su saber. Pero ¿quién puede dudarlo? Los antiguos códices eran costosísimos, máxime cuando la ornamentación llegó al primor, ¿qué decimos al primor? al lujo, al esplendor que hoy mismo admira aún á los mismos *profanos* en asuntos bibliográficos, á quienes se exhiben los tesoros que se custodian en nuestras bibliotecas. Basta la observación más superficial, el estudio más empírico, para comprender que la formación de esos códices era lenta, difícil y en extremo trabajosa, y su valor, por tanto, muy subido, dadas esas bien probadas é indiscutibles condiciones; que su adquisición, su posesión, su conservación, estaba reservada á un número muy pequeño de personas ó corporaciones, y que sólo tal vez los monasterios, las iglesias, los institutos religiosos, en una palabra, pudieron poseer cuantiosos y valiosos tesoros que conservaron cuidadosamente y libraron de las borrascas no interrumpidas, de las tempestades constantes de las edades más turbulentas, conquistando de este modo el aplauso más sincero de los hombres imparciales y el elogio más desapasionado de la justiciera Historia.

¿Será preciso demostrar que esas mismas circunstancias contribuían poderosamente al escaso cultivo del estudio, á su poca extensión, á que fuese *propiedad* ya que no *privilegio*, de determinadas clases y personas?... Seguramente que no. Si afirmamos que la Imprenta apareció cuando fué una suprema é imperiosa necesidad; si no vacilamos en consignar que muy poco ó nada hubiera sido la época que se inauguraba en la Historia, ni la nueva vida á que aspiraba la humanidad, sin un descubrimiento capaz de arrancar de sus asilos apartados los tesoros de las ciencias y las letras y de difundirlos aún en las más ínfimas clases, es porque creemos,—lo hemos dicho ya,—que las leyes de la Historia son tan fijas, tan constantes, tan inmutables como las de la Naturaleza.

¿Será ocioso ó estéril, abundoso ó pleonástico el decirlo una vez más?... ¿Será justo, dadas nuestras anteriores salvedades, sorprendernos, admirarnos, asombrarnos de que trascurrieran tantos siglos, vivieran y murieran tantas generaciones, se alzarán y caerán tantas naciones, vencieran y pasaran tantos pueblos, sin llegar á esa trascendental, á esa importante, á esa maravillosa invención, que la observación más sencilla pudo facilitar?... Conteste por nosotros toda persona de mediana ilustración, menos aún, de erudición superficial. Si los chinos grababan en tablas tres siglos antes de Jesucristo; si los egipcios, griegos y romanos grababan en relieve letras, inscripciones y figuras, que imprimían en ladrillos, piedras, anillos, monedas, medallas y aún en la frente de los esclavos; si, á manera de juguetes útiles y didácticos, podríamos decir se entregaban á los niños piezas de boj ó de marfil con letras del alfabeto, uso recomendado por Quintiliano y San Jerónimo y reproducido como *invención* de nuestros envanecidos tiem-



Entierro de la Sardina en la Pradera del Canal, en Madrid.

pos; si se citan, en fin, pasajes de autores, uno de ellos de Cicerón, que revelan se conocía, ó se adivinaba, ó se presentía algo del mecanismo de la *impresión*, ó al menos de sus fundamentos, y que se pudo llegar muy fácilmente á sus utilísimas aplicaciones, ¿no hemos de admirarnos al ver pasar tantas generaciones, tantos siglos, tantas naciones, tantos pueblos, sin realizar tan gloriosa, tan importante, tan trascendental invención?...

Prescindiendo, pues, de lo que ya hemos indicado respecto á la *impresión* de la huella humana sobre la tierra; de la existencia y uso del grabado, más tosco ó más perfecto, sobre madera, sobre piedra, sobre cualquiera materia, en fin; del empleo de las inscripciones, sellos, monedas y medallas; de cuantas afirmaciones nos suministran la Arqueología en general, la Epigrafía, la Xilografía y la Numismática en particular, insistiremos, á fuer de consecuentes á nuestras ideas y aferrados á nuestras convicciones, en que la estampación de los naipes y de imágenes pueden reputarse uno de los primeros pasos dados en el camino del total descubrimiento de la Imprenta; en que la *confección* de los naipes, primero por medio de patrones, como sirvieron ya en 1328 para distraer al doliente Carlos VI de Francia, y después por medio de figuras en relieve, como se usaron en los pri-

meros años del siglo xv; en que la estampación de imágenes por un procedimiento parecido al de nuestras imprentas para "sacar pruebas," y después con la agregación de leyendas, casi siempre oraciones, ya figurando salir de su boca, ya al pie, ya á su lado, ya en banda, como fué frecuente en muchos cuadros de la Edad-media, fueron el *prólogo*, si se nos permite la palabra, del útil, del glorioso, del noble, del trascendental arte de imprimir.

Disputense en buen hora, como siete ciudades de la ilustre Grecia se disputaron, ya lo hemos apuntado, el ser cuna de Homero; disputense, decimos, otras siete ciudades, Strasburgo, Maguncia, Basilea, Bamberg, Polonia, Roma y Venecia, ser cuna de Guttenberg ó cuna de la Imprenta; contienda como puedan acerca de este punto, olvidando que la humanidad no debe cifrar sus glorias en la de la *nación*, sino más bien en la del *hombre*.... ello es que creemos dejar confirmada nuestra tesis, y que en este punto sólo se nos ocurre una tan triste, tan amarga, cuanto tan exacta, tan verídica reflexión: la humanidad y su historia parecen siempre ser las mismas... Homero, el Divino Ciego de Smyrna, pordiosero, errante trovador, cantando por las ciudades de la Grecia la destrucción de Troya. Guttenberg, el ciudadano noble de Magun-

cia, el bienhechor á quien la humanidad debe tan preciados tesoros, tan valiosas conquistas, vive pobre, arruinado, perseguido, encausado, y muere sin la gloria ganada, sin la corona conquistada, sin la aureola debida por el descubrimiento de la Imprenta. Y otros muchos colosos del saber, héroes de la ciencia, gigantes del arte, pasan olvidados, postergados, desatendidos, pobres, condenados, escarnecidos.... Es cierto, lo hemos dicho ya, que la Historia es tribunal de justísimas reparaciones; y que llega á esculpir los nombres de esos egregios varones con caracteres indelebles, mientras las ciudades les erigen estatuas y se disputan, *póstumamente siempre*, la gloria de haber sido su cuna; mas, ¡cuán pequeño, cuán insignificante, al menos, cuán tardío es ese premio, muy repetido en la Historia, para tan notables progresos, tan importantes descubrimientos, tan extraordinarias revelaciones, tan trascendentales conquistas!

¿Está en ese caso el inmortal Guttenberg?... Preciso es, para contestar á esta pregunta, que nos ocupemos, *entre otras cosas*, no sabemos si decir de la tradición ó de la conseja relativa al holandés Lorenzo Cóster.

(Concluirá).

LUIS COLL.



Monumento erigido por la ciudad de Monza al Rey Víctor Manuel.

RECUERDOS DE VIAJE

GÉNOVA

El puerto.—Desembarco.—El café de la Concordia.—Calles y palacios.

Forma el puerto de Génova un hemicírculo de tres millas, terminado en su parte meridional por dos muelles, en cuyos extremos están situados los faros que marcan la entrada. En el fondo del puerto, sobre un elevado cerro, se levanta una torre blanca, cuadrada, de dos cuerpos, donde se encuentra la farola, cuya luz se distingue á 24 millas de distancia.

Llega el momento anhelado en que se nos permite bajar á tierra, y ya la noche cerrada, embarcamos en un bote y nos dirigimos al muelle de la Rotonda.

La noche es fría, húmeda y oscura. El viento duro que nos azota el rostro, levanta encrespadas olas que inundan el bote y nos envuelven. Avanzamos lentamente á pesar de los esfuerzos heroicos de los remeros. Pero ni la oscuridad, ni el frío, ni el peligro, ni el mar, ni el viento nos arredran. Llegamos por fin á la dársena, donde se encuentran fondeados y apiñados en doble fila á un lado y otro de un estrecho pasadizo que en medio queda, centenares de barcos de todas las naciones del mundo. Por este solo dato puede apreciarse la importancia de este puerto comercial.

Arribamos, por último, al desembarcadero de la Rotonda, y al poner el pié en tierra olvidamos por completo las amarguras pasadas.

No sabré dar cuenta de mis impresiones del momento. Recuerdo sólo que intérpretes y *cicerones* nos ofrecieron sus servicios, y que uno de estos nos guió, atravesando multitud de calles y plazas, al café de la Concordia, donde nos propusimos satisfacer la primera de las necesidades, la de llenar con succulentos manjares nuestros estómagos vacíos.

Recuerdo que atravesé por calles, estrechas unas, espaciosas otras, llenas todas de transeúntes; recuerdo que me sentí deslumbrado por el reflejo de las luces de gas en los lujosos escaparates que ostentan objetos de plata afiligranada, y recuerdo, por último, que para llegar al café de la Concordia subimos una ancha y hermosa escalinata de mármol blanco, y atravesamos luego un precioso jardín adornado con fuentes y estatuas.

Y aquí he de referir, aunque nimiedad parezca, el inocente chasco que sufrimos por desconocer las costumbres de la mesa italiana. Cinco amigos entramos en el comedor del café (*restaurant* que otro diría), en ocasión ó en momento en que la concurrencia era numerosa, y no diré *distinguida*, porque, como es natural, todos aquellos señores me eran desconocidos, y no acostumbro á *distinguir* á la gente por su traje. Tomamos asiento, pedimos cubiertos de cinco francos, y al punto dos camareros, vestidos de rigurosa etiqueta, con frac y corbata blanca, cubrieron los manteles con multitud de platos, entre los que llamaban la atención la rica mantequilla y el salchichon de Génova y las exquisitas anchoas. Hambrientos como íbamos, pronto hubiéramos dado cuenta de estos manjares, si el bien parecer no nos hubiera contenido dentro de los límites de la prudencia. Las miradas de los concurrentes estaban fijadas en nosotros, y como en España acostumbramos á tomar los expresados alimentos entre plato y plato de la comida, quisimos hacer lo mismo. Aunque tardaron

mucho en servir la sopa, sólo con alguna aceitunilla nos atrevimos á entretener el apetito. Pero hé aquí que vuelven los dos elegantes y estirados camareros; uno trae la sopera, y en tanto el otro... ¡dolorosa decepción! retira de la mesa las anchoas, las aceitunas, el salchichon... y hasta mi plato favorito... hasta las mantequillas. Grande fué nuestro desconsuelo, pero entonces aprendimos que en Italia se toman esos excitantes, no como nosotros lo hacemos, entre plato y plato, sino ántes de la comida, y como ahora se dice, *para hacer boca*.

Recorriendo las calles de Génova, lo primero que llama la atención del extranjero es el crecido número de suntuosos y magníficos palacios que á cada paso se encuentran. Pocas ciudades, tal vez ninguna de Europa, puede competir con Génova en este punto. El mármol se encuentra en ellos prodigado con suntuosidad. En muchos es de mármol la fachada desde el cimientito hasta el remate, de mármol la escalera y hasta la balaustrada de los balcones. Entre estos edificios descuellan el *Palacio Real*, el palacio *Marcelo-Durazzo*, el de Balbi, el de *Doria*, construcción del siglo xvi, el de *Palavicini*, el palacio *Rojo* (que debe su nombre al color de su fachada), el Banco, la Bolsa, en cuyo patio se levanta una estatua de Cavour, la casa de Postas, la casa Ayuntamiento y otros muchos que fuera prolijo enumerar.

El palacio de los Dux, hoy ocupado por oficinas, nada ofrece de su pasada grandeza; pero debe visitarse para admirar los preciosos mármoles que conserva en las dos salas que ocupaba el Consejo, lo mismo que el palacio Real, donde se encuentran buenas pinturas de las escuelas florentina y veneciana.

Al lado de la vía *Carlo-Felice*, la vía *Balbi* y la vía *Nuovissima*, donde se encuentran los expresados edificios, calles que ofrecen un conjunto suntuoso, hallanse otras muchas sombrías, estrechas, tortuosas y desniveladas, que revelan claramente la respetable antigüedad de Génova. En todas ellas, sin embargo, reina una animación inusitada, una vida exuberante, vida y animación hijas del riquísimo comercio de esta ciudad.

V. MORENO DE LA TEJERA.

CRÍTICA DRAMÁTICA

APOLO.—Beneficio de la señorita Contreras.—*Milton*, de Don Hermenegildo Giner; *Arte y corazón*, de los Sres. Arjona y Fuentes.—*La Primera carta*, por D. Eduardo Navarro.
ESPAÑOL.—Beneficio de la señorita Mendoza.—*Otelo*.

Continúan los beneficios: el miércoles el de la señorita Contreras en Apolo, el sábado el de la señorita Mendoza en el Español. Las dos artistas, que gozan del favor del público, han llevado numerosa concurrencia á los simpáticos teatros en las noches de sus beneficios.

La primera ha despertado también el interés de la novedad, estrenando tres obras en un acto. La segunda, prefiriendo asegurar el triunfo sobre un drama representado y conocido, eligió el arreglo del *Otelo* de Shakespeare, por D. Francisco de Rétes.

Las Sábanas del cura es una preciosa comedia en un acto, original del eminente autor de *La levita*, *Las Circunstancias* y *El Estómago*, llena de gracia y discreción, y que estrenada la temporada anterior en el Teatro Español, no ofreció este año más novedad que la de haber sido una de las obras elegidas por la señorita Contreras para su beneficio.

Á continuación se estrenó un drama, en un acto y en verso, con el título de *Milton*. Llevar personajes históricos á la escena es siempre difícil, mucho más cuando á

las exigencias de la verdad se une, como en este caso, las que traen siempre el desarrollo del carácter de un grande hombre y de un genio. En este sentido merece alguna disculpa que el Sr. D. Hermenegildo Giner de los Ríos no haya logrado dar al carácter de Milton todo el relieve y magnificencia que exige, por otra parte imposible de desarrollar en el corto espacio de un acto. Aparte de esto, la contextura del drama es defectuosa, mezclándose una cándida inexperiencia en la elección de los resortes escénicos y en la disposición general del argumento, que camina con lentitud y oscuridad. El duque de York es un personaje melodramático, que pretende convencer al auditorio de que es un perverso, cuando realmente no es más que un imbécil. Aquella venganza contra Milton, aquel proyecto de seducción de Dévora, es inocente en extremo, y aun lo es más el recurso que pone fin á los temores y sobresaltos de todos, el indulto del rey Carlos, que tan á tiempo viene á desbaratar los planes criminales del odioso duque.

Si como contextura dramática la obra es endeble, posee algunas bellezas en la forma, mereciendo particular mención el monólogo de Dévora, sentido con delicadeza y versificado con fluidez. En todo el drama se abusa del romance, descuido de lamentar, porque indudablemente el Sr. Giner no posee esa *difícil facilidad* que tiene el asonante, mucho más en el diálogo.

El público aplaudió al final de la obra, y el Sr. Giner de los Ríos se presentó dos veces en el palco escénico acompañado de los actores, que cumplieron su cometido, distinguiéndose particularmente la beneficiada y el Sr. Vico.

Á continuación tuvo lugar el estreno de una comedia en un acto y en prosa, titulada *Arte y corazón*, que entretuvo agradablemente al público, pues en verdad posee bellezas y recursos bastantes á conmover é interesar. El asunto no es nuevo. Algunos han hallado en él reminiscencias de la comedia francesa *El Copista*, y las tiene, á no dudar, con ciertos léjos y visos de *La Muerte civil* y de *Un drama nuevo*, pero si por la originalidad no sobresa, por la habilidad y aun maestría que revela es obra digna de encomio y aplauso.

Pudo mucho también para fortuna de los autores Don Joaquín Arjona y D. José Fuentes, que Antonio Vico estuvo inspirado, y que la ejecución por su parte y por la de la señorita Contreras no dejó nada que desear. Verdaderamente Vico es el actor de la verdad, el actor que posee el secreto de las actitudes y de las inflexiones de la voz, ya trémula por la alegría, ya entrecortada por el sollozo. Un conocido y distinguido revistero, dijo no há mucho que Antonio Vico ha ganado desde que ha perdido la voz. Es una verdad indudable que la escuela que en nuestro teatro predomina es amanerada. Después de todo, esto es lógico entre nosotros: el público que aún se entusiasma con hipérboles y gongorismos, aún se deja alucinar con gritos y contorsiones.

El arte histriónico exige por su índole más estudio de la realidad que ningún otro; sustituir la verdad por una convención, es suplantar la naturaleza y falsificarla. Este procedimiento es más fácil, y además produce mas resultado en las masas, pero en la parte del público capaz de saborear las delicadezas del arte, el aplauso y la aprobación serán para el otro procedimiento. Antonio Vico hace tiempo viene acertando con la buena senda. Reciba por ello nuestro más entusiasta aplauso y nuestra más cordial enhorabuena.

El monólogo en un acto que á continuación se estrenó, y que fué interpretado delicadamente por la señorita Contreras, se titulaba *La Primera carta*, y resultó ser original del Sr. D. Eduardo Navarro. El asunto pertenece á ese género que con tanto éxito cultivó en Francia Alfredo Musset, y que requiere una exquisita delicadeza y una aristocrática distinción. Bastante afortunado el señor Navarro en algunos toques llenos de naturalidad y entonación, no supo, sin embargo, desarrollar del todo concepción tan feliz, que debiera haberle proporcionado más riqueza de detalles. El carácter de la niña que despierta á la vida de la sociedad y del mundo, y al volver á su casa de un baile, lee la primera carta de amor, está, sin embargo, bastante bien entendido, aunque presentado bajo aspecto un tanto vulgar. La versificación fácil y espontánea.

Al finalizar esta obra la señorita Contreras, recibió una

entusiasta ovacion, arrojándola á la escena palomas y flores, dos coronas y varias joyas de valor.

En el *Otelo*, representado el sábado en el Teatro Español, la señorita Doña Elisa Mendoza, que era la beneficiada, se distinguió notablemente en el papel de Desdémona, así como el Sr. Calvo, que rayó á grande altura en la interpretacion del sombrío carácter, colosal creacion del eminente trágico inglés.

El público, que llenaba todas las localidades del clásico coliseo, aplaudió entusiasmado á la distinguida actriz, recibiendo muestras de la consideracion y simpatías de que goza, en las flores y regalos que se le dedicaron á nombre del Sr. Ducazcal, como empresario, y de otros de sus admiradores.

R. BLANCO ASENJO.

SONETO

—¿A qué nacer?—Si nuestra vida es sueño,
Segun la mente á comprender alcanza,
Debemos renunciar á la esperanza
De un porvenir más grande y más risueño.
Inútil es entonces ese empeño
Con que el humano sér ciego se lanza
Tras lo inmortal, si cuanto más avanza
Halla que al fin de despertar no es dueño.
—¿A qué morir?—¿A caer en el profundo
Y espantoso no-sér, que ni el consuelo
Nos deja de soñar que hay otro mundo?
¡No!.. ¡Dios es vida! De la duda el velo
Rasgará un día, y por su amor fecundo
Vivirá nuestro espíritu en el cielo.

EDUARDO CARBAJO.

PARIS Á VISTA DE PÁJARO

El lunes 17, á las nueve de la mañana, un fúnebre cortejo salía del número 54 de la calle Bouhy, dirigiéndose hácia la de Marasi, donde está situada la iglesia de San Martin.

Actores, literatos, músicos, en una palabra, el mundo artístico de esta capital, marchaba llenando la calle en pos del féretro, que contenia los despojos del que fué director de orquesta en el teatro de la Puerta de San Martin, Mr. Debillemont.

Juan José Debillemont, nacido en Dijon, ha escrito multitud de obras musicales que han enaltecido su nombre. Suyas son *Le Renegat*, *Ten mon oncle* y *Le Jonjou*, estrenadas en el lugar de su nacimiento. Su debut en Paris se verificó en los Bufos, con una obra en un acto titulada *C'était moi. Astaroth. Un premier avril. Roger Bontemps. La Vipérine* y *La Revanche du roi Candaulle*, acabaron de levantar su reputacion.

Debillemont ha bajado al sepulcro cuando se hallaba en todo el vigor de su talento artístico. No tenía más que cincuenta y cinco años.

Todos los periódicos han hablado hace ya tiempo de la original, y hasta cierto punto chistosa aventura, acaecida á nuestra compatriota la graciosa actriz de las Folies-Dramatiques, Conchita Gelabert. Un Mr. Legru, comisionista, pide su mano; ella se la concede; hácese todos los preparativos para la boda, y... de la noche á la mañana, el novio desaparece. La Gelabert, justamente indignada con tan pesada broma, entabla una demanda contra Mr. Legru, pidiéndole una indemnizacion de 10.000 francos, que la actriz, segun su declaracion, habia tenido que entregar al director de las Folies-Dramatiques para romper su escritura, y otra suma de 18.000 francos por los perjuicios que le ocasionaba no haber aceptado las proposiciones del empresario del Teatro Real de Madrid. Estos son los antecedentes del asunto; pues bien, el tribunal de la 4.^a Cámara civil ha declarado que la señorita Gelabert no tiene derecho á ninguna indemnizacion.

Nuestra compatriota no esperaba seguramente tan amarga decepcion de su conocimiento con Mr. Legru... ¡un comisionista... en azúcar!

Los Amantes de Verona, la célebre ópera en cinco actos, letra y música del marqués de Yory, estrenada hace cuatro meses, ha sido el acontecimiento teatral de estos dias, al exhibirse de nuevo en la Gaité, trasplantada de la sala Ventadour, que no tardará en desaparecer bajo la piqueta demoleadora.

Capoul ha alcanzado un éxito ruidoso desempeñando el papel de Romeo; el inimitable tenor ha provocado una verdadera explosion de entusiasmo cada vez que ha salido á la escena, y Emilia Ambre ha compartido el triunfo con Capoul, sosteniendo honrosamente la competencia con sus antecesoras en el papel de Julieta las señoritas Rey y Heilbron.

En el Palais-Royal se ha estrenado con excelente éxito una comedia en cuatro actos, de Meilhac y Halévy, titulada *Le Mari de la debutante*. Nada digo de esta obra, temiendo que el susceptible oído español rechace con escándalo una trama y unos chistes del más refinado gusto francés, que ha rendido á *Le Mari de la debutante* una verdadera ovacion.

Los mismos autores preparan en el Teatro Frances el estreno de una pieza en un acto, titulada *Le Petit Hotel*.

Los autores dramáticos y los compositores de música han verificado una reunion en la sala Herz con objeto de formar una nueva asociacion á cuya sombra puedan prosperar los intereses de los artistas.

Una de las ideas expuestas en esta reunion, y con más entusiasmo acogida, fué la referente al establecimiento de una Caja de ahorros, con cuyos productos se señalarán más tarde algunas pensiones con destino á los asociados faltos de recursos. Mr. Julio Noriac expuso también el pensamiento, por todos aceptado, de firmar un contrato con los directores de provincias, exigiéndoles un franco por cada acto que se representase en ciudades de más de 100.000 almas, y 50 céntimos solamente en poblaciones de menos importancia. Es indudable que esta peticion, que no puede gravar en gran manera su presupuesto, será aceptada en todos los teatros de provincias.

El miércoles 26 se efectuará una segunda reunion en la sala Herz para acabar de ponerse de acuerdo sobre las bases de la asociacion.

Hace algun tiempo llegó al hotel núm. 21 de la calle de Bretagne una mujer llamada Lucia Vilain, tomando uno de los cuartos. Diariamente preguntaba si no habia llegado un hombre en su busca, que era su marido, á quien esperaba con impaciencia. La contestacion era negativa. Últimamente dirigióse al dueño del hotel, diciéndole:—Mi esposo, que debe traerme dinero, tarda mucho en llegar y yo estoy sin un franco. ¿Queréis prestarme algunos luises sobre estas prendas?—Y presentó al amo de la fonda un lío de ropas y otros varios objetos. El pobre hombre accede, entrega el dinero á Lucia Vilain, é inmediatamente ésta desaparece de la fonda. Cuando notada la ausencia de la Vilain el dueño del hotel subió al cuarto de aquélla, encontróle completamente desvalijado. El reloj, los candelabros, las cortinas, las ropas de cama, que Lucia entregó en prendas del dinero que se le daba, eran propiedad del hotel, y el fondista no habia hecho más que cambiar sus luises por sus mismas ropas y efectos. Hasta entonces no recordó que el apellido de su ingeniosa huésped era Vilain.

Una anécdota del *Figaro*:

“Un pintor ha comenzado á hacer el retrato de una señorita perteneciente á la alta sociedad.

Ignórase por qué motivo el retrato queda sin concluir, y el artista, queriendo aprovechar el lienzo, une á la cabeza de la jóven un cuerpo de ninfa mal velado bajo una tenue gasa.

El cuadro se exhibe en una Exposicion de pinturas que van á visitar la familia de la jóven y algunos amigos.
—¡Cómo!—exclama una señora, dirigiéndose á la madre de la señorita cuya cabeza aparece en el lienzo;—¿Es posible que tu hija se haya presentado así ante el pintor para que la retrate?...
—¡Estás loca!—exclamó la madre.—El artista ha pintado todo eso... de memoria.”

ALBERTO.

EFEMÉRIDE DE LA SEMANA

VOLTAIRE

(20 de Febrero de 1694.)

La más bella prerogativa de un culto es honrar la memoria de sus fundadores: la libertad es una religion, y como toda religion, debe tener su culto.

Si nadie puede dejar de asociar el nombre de Francisco Maria Aronet al génesis de la libertad moderna, para los que consagramos nuestra vida entera al sagrado culto de esa divina religion, el día en que se conmemora su natalicio debe ser una fiesta á que todos debemos concurrir.

El genio de Voltaire es la síntesis del siglo XVIII, es la personificacion del primer paso de aquella Revolucion gigantesca que habia de echar las seguras bases de una sociedad nueva. Odiando, ó mejor aún, despreciando todo lo que ve á su alrededor, ataca las viejas preocupaciones, se vale de su sarcasmo para hacer caer piedra á piedra todo el antiguo edificio social, y tal vez sin pensar en construir de nuevo, desembraza de ruinas el ancho solar en que ha de levantarse el sólido edificio de las ideas nuevas.

Nacido en una corte en que todo era ruindad y escándalo, teniendo ante su penetrante mirada un trono envilecido y un altar mancillado, Voltaire, precoz tanto por la audacia como por el talento, se propuso arrojar la saliva de su sarcasmo sobre aquellos hediondos despojos que una sociedad gastada se empeñaba en animar con su servilismo y con su adulacion.

Su risa al imprimir la indeleble marca del ridículo sobre las viejas instituciones, hizo el efecto de la piqueta que hiere la piedra angular. El edificio conmovido no tardó en venirse al suelo.

La carcajada tiene á veces una explosion más segura que la pólvora de una mina. Lo que se destruye con la fuerza puede reedificarse. Lo que se mancha con la burla queda inservible para siempre.

Voltaire no es sólo el que abre el surco para que fructifique en él la nueva semilla, es el mártir de la religion que no hace más que entrever. Su desafío á todos los odios, no es ya la conviccion que sus enemigos le han negado, es la fe que no titubea ante el sacrificio.

Como dice un ilustre escritor, si Voltaire no fué la verdad, fué su precursor: su mision fué marchar delante de ella.

Su siglo, ligero é irreflexivo, no podía aceptar la razon bajo una forma austera y descarnada. A la frivolidad no hay que exigirle que piense, pero hay que hacerla que sonría. Desde el momento en que su risa fué escuchada, los ídolos se estremecieron. El desprecio es mucho más terrible que el odio. Con esa arma luchó Voltaire solo contra diez y ocho siglos, y el triunfo fué suyo.

“La opinion es la reina del mundo; la fuerza es el tirano, ha dicho Pascal. Voltaire, no sólo apoderándose, sino sintetizando la opinion, derrocó moralmente la tirania.

En la luminosa serenidad de su pensamiento, habia algo que le decia que su obra de destruccion era fructífera. De aquí su constancia. Antes de la primer piedra del cimiento, está el surco que ha de contenerla.

Tal vez su vista alcanzaba más allá, pero su ambicion se veía satisfecha preparando el terreno.

Voltaire no crea, pero destruye; y á veces destruir es dar comienzo á la edificacion.

La Revolucion francesa, al honrar sus cenizas el 11 de Julio de 1791 al colocar su cadáver sobre las piedras arrancadas á la Bastilla, no sólo le honraba honrándose á sí propia, sino que mostrando al mundo entero al demoleador sobre la obra demolida, cenía á su cráneo descarnado la corona del triunfo de la libertad sobre las preocupaciones del altar y del absolutismo.

La importancia del genio de Voltaire nada la proclama tan alto como el ensañamiento de sus enemigos. Los serenos y tal vez utópicos sueños de Rousseau pueden olvidarse; su ideal puede no llegar á la realizacion, y no inspira temor á nadie; pero la carcajada de Aronet resuena todavía, resonará siempre, y allí donde quieran volver alzarse los caducos fantasmas que marcó con el hierro candente de su sarcasmo, las ondas del aire con-



BELLAS ARTES. — El Suicida (*Modelo en yeso, de Héctor Ferrari*).

movidas volverán á arrojarlos al polvo, de que ya en vano se empeñan en salir.

Poco más de un siglo hace que Voltaire exhaló el último suspiro; la Francia, la patria de su genio, el pueblo que hoy goza en Europa mejor de la libertad, tributó un público homenaje á su memoria en la solemnidad de su centenario. La Francia de 1878, como la Francia de 1791, honrando la memoria del genio más vasto, si no el más grande de su patria, se honró á sí propia. Los pueblos verdaderamente libres son los que saben honrarse.

No es esta la ocasión de señalar los defectos del que fué primero el poeta, después el apóstol y más tarde el ídolo de la libertad; no es tiempo tampoco de aquilatar el mérito de sus obras ni de repetir su conocida biografía; bástenos admirar el impulso gigante de su genio y encontrar en él el iniciador de una de las revoluciones más grandes y más fecundas que han presenciado los siglos.

La tumba de Voltaire es el primer altar del templo de la libertad moderna. La fiesta de su natalicio debe ser una de las más sagradas de la religión nueva. Todos los que en el alma sentimos el poderoso aliento de la libertad no podemos menos de conmemorar esa fiesta.

Si nuestro tributo es el más humilde, no por eso es el menos ferviente y entusiasta.

ÁNGEL R. CHAVES.

ECOS DE MADRID

Uno de los más populares de nuestros diarios ocupaba días pasados más de tres columnas en la descripción del suntuoso baile dado por los señores duques de Santofía.

Ese mismo periódico sólo ha consagrado cuatro líneas á dar cuenta de la aparición de la última novela del señor Perez Galdós.

Verdad es que en el primero había más bellezas que *saborear* que en la segunda.

En la tercera de las lecturas dadas por el Sr. Calvo (D. Rafael) en el Teatro Español, le ha tocado el turno al bellissimo *Idilio* del Sr. Núñez de Arce publicado en el Almanaque de *La Ilustración* del año pasado.

La composición es de primer orden, pero tiene un defecto. Sus bellezas eran ya patrimonio de todo el mundo. Allí lo único nuevo que había que admirar era la entonación dada á los versos por el Sr. Calvo.

Sin duda un error nuestro nos había hecho creer, al anunciarse estas veladas, que su objeto era dar á conocer que en nuestro país se cultivaba con éxito la lírica.

Pero mejor informados hoy, vemos que lo que se trata de demostrar es que el Sr. Calvo lee muy bien.

Lo sensible es que de seguir por este camino, para darnos á conocer sus relevantes dotes de lector, va á acabar por darnos á conocer algún trozo del *Bernardo* de Balbuena y de la *Araucana* de Ercilla.

Un nuevo periódico satírico se ocupa, y no de una manera muy lisonjera, del apreciable actor Sr. Oltra, retirado de la escena, como el mismo periódico dice, desde hace largo tiempo.

Sin que nuestro ánimo sea dirigir censuras á tan bien escrito colega, nos permitiremos una pregunta.

¿Tan falto está nuestro país de actores *eminentes* en ejercicio, que haya necesidad de dirigir acerbados dardos contra quien, como el Sr. Oltra, tiene en su defensa,

aparte de otras dotes, la salvaguardia de su modestia y el estar hoy alejado del teatro?

Piénselo bien el citado periódico, y verá cómo por desgracia no falta dónde, con justicia, puede *cebar sus uñas y su corbo pico*, como dijo el fabulista.

Desde 1.º de Mayo próximo se pondrá en circulación una nueva estampación de sellos de Correos, con el objeto de que cada carta, en vez de los dos sellos que ahora lleva, lleve sólo uno.

Verdad es que el nuevo costará tanto como los dos antiguos.

Pero siempre le resultará al público una economía. Gastará menos saliva.

¿Hay crisis?... se titula un pasillo cómico-lírico-político, estrenado con buen éxito en el modesto teatro del Recreo.

Dan ganas de creer que la pregunta no se ha hecho á humo de pajas, como se dice vulgarmente, porque el autor es un estimable periodista... *constitucional*. Nadie extrañará, pues, que hasta en el teatro *hable de su pleito*.

SOLUCION Á LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR
ROSARIO.

IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE ASTORT HERMANOS,
Alto de Monteleón.